

Experiencia de estudiante. Redes e hiper (des)conectividad

José María Aguirre (*)

Resumen: El presente ensayo busca acomodarse en el terreno de lo reflexivo, mucho más teniendo en cuenta el bienio que terminamos de atravesar. El futuro cercano de nuestra realidad (y también el lejano, por qué no) se percibe tanto o más difuso aún que aquél horizonte de marzo del pasado 2020. Hoy volvemos a encontrarnos en los lugares de trabajo, en las reuniones sociales, en los espacios para la diversión. El aula universitaria nos espera con las puertas (y las ventanas) abiertas de par en par, pero el 2022 se advierte incierto. Ya no es aquél 2020 del confinamiento total y las tantas ausencias, ni el 2021 de las vacunaciones masivas y algunos conatos de presencialidad. Este nuevo año se nos presenta indescifrable, porque volvemos a juntarnos, pero sin la certeza de las consecuencias a corto plazo y una de las grandes incertidumbres está marcada por lo que será la convalecencia social que dejará la Pandemia. Cuánto nos habrá cambiado lo vivido; cuánto de lo sido volverá a ser. La nueva normalidad asoma, pero no muestra toda su cara. Intentaremos aquí que nuestra reflexión nos ayude a descorrer velos y que podamos meternos de lleno en las aulas otra vez y sin miedos, pero con la capital experiencia de dos años para la historia.

Palabras claves: experiencia – estudiante – accesibilidad – unicidad – masividad – tiempo – recurso – sociedad – desinformación

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 181]

(*) Arquitecto por la Universidad Católica de Córdoba (1991), Magíster en Docencia Universitaria por la Universidad Tecnológica Nacional (FRC, 2010). Profesor Titular (Dedicación Full) en Historia del Diseño Industrial I, desde 2006 y Profesor Adjunto a cargo (Carga Anexa) en Diseño Industrial III A (desde 2008) en la FAUD - UNC. Investigador categoría III de SeCyT UNC y director de proyectos de investigación. Es miembro del Consejo Asesor del CIDIC, Centro de Investigación en Diseño Industrial Córdoba, FAUD UNC y Representante por la FAUD UNC ante la Asociación Latinoamericana de Carreras de Diseño Industrial. Autor del libro DISEÑO. Aprendizaje, enseñanza y ego-axialidad. Ed. FAUD UNC, Córdoba, 2013.

Dos puntas de un mismo lazo

El UX, o experiencia de uso en castellano, se ha transformado hoy en una corriente que busca recuperar una de las funciones sociales básicas del diseño: atender a lo que la gente necesita. Pareciera en principio una función obvia y que el diseño no debiera haber perdido nunca en su historia. Como nos dijera Gui Bonsiepe hace diez años en su visita por Córdoba, de alguna manera renegando de todos los rótulos que al diseño como práctica circunstancialmente se le asignan, “el diseño es sustentable, el diseño es inclusivo, el diseño está siempre centrado en las personas” (Bonsiepe, 2012)¹. Porqué entonces la práctica del UX busca recobrar para el diseño una característica que le es intrínseca. La respuesta más obvia es que en el camino hemos perdido aquella cualidad en beneficio de otras más ligadas a objetivos del mercado y en donde la persona tiene su espacio, pero mucho más en función de exógenos deseos impuestos que de sus necesidades genuinas. Pero no es objetivo del presente ensayo asomarse a las diferencias conceptuales entre necesidades genuinas y deseos impuestos; para ello puede resultar muy útil revisar el abordaje que del tema hacen Press & Cooper con sus propias conceptualizaciones y recuperando las gráficas de Pine & Guilmore más aquella original de Abraham Maslow del año 1943 (Press & Cooper, 2009).²

El UX hoy usa como nuevas, herramientas de observación de vieja estirpe: encuestas, entrevistas, líneas de tiempo, grupos focales, relevamiento fotográfico y un largo etcétera. Y está muy bien que así suceda. De hecho, en nuestra cátedra, el taller de diseño del cuarto curso en el turno mañana de la carrera de Diseño Industrial en la FAUD, nos enfocamos en ese eje estructurante porque, en definitiva, si verdaderamente estamos atentos a los genuinos requerimientos de la gente, nuestra práctica y por decantación natural, terminará siendo inclusiva, sostenible ambiental, económica y socialmente y atenta a las tecnologías y prácticas culturales de cada región. Todo ello por la simple y sencilla razón de que una persona necesita, ante todo, sentirse incluida, sostenida en su ambiente y en sus grupos sociales y laborales y requiere, además, de que sus prácticas culturales y las de su entorno, también sean genuinamente atendidas.

Pero nosotros estamos exponiendo aquí más en función de nuestro rol docente que del de meros diseñadores y las experiencias que nos preocupan son las de nuestros alumnos. En definitiva y parafraseando al poeta rosarino, con este ensayo buscamos unir *las puntas de un mismo lazo*.³ La persona que debe ocuparnos en nuestra práctica docente es la del estudiante. Aunque vuelva a resonar estentóreamente la obviedad de tal afirmación, no cuesta mucho advertir las señales de que también aquí hemos perdido el rumbo y en ese transitar otros, hemos dejado en el camino aquella cualidad, esa que pueda medirse en la observación de las alternas experiencias. Intentaremos aquí un primer tamizado de algunos instrumentos de recolección de datos de la vida universitaria de nuestros y nuestras estudiantes, pero no desde el rigor de los fríos resultados estadísticos, sino desde su cualificación, desde la reflexión a que nos obliga su lectura, desde la necesaria reconversión de nuestra práctica a partir de su atención, atención que nos ha llevado a descubrir algunos síntomas claros de cuáles son algunos de los requerimientos del estudiantado y de muchas de sus reflexiones en cuanto a todo lo relativo a sus cursadas en este difuso contexto de Pandemia vivido por todos en los últimos dos años. Las temáticas emergentes son muchas y de gran importancia e impacto en nuestro ejercicio docente: (i) la accesibilidad a los

requerimientos tecnológicos mínimos para una básica conectividad; (ii) la posibilidad que a futuro se abre de modalidades de cursado en mixturas de virtualidad y presencialidad; (iii) la clara necesidad de sentirse atendidos como personas únicas que operan desde la soledad de sus casas, en un contexto de incalculable e intangible masividad; (iv) la escasa reacción de los equipos de cátedra ante la contingencia; (v) el enorme valor del recurso tiempo y de la clara potenciación de esa cualidad recursiva en el inabarcable universo de la información digital; (vi) el gigantesco peso de lo social en nuestras vidas y el gigantesco vacío que genera su falta; (vii) la paradoja de vivir desconectados de la realidad cercana en plena era de las redes de información; (viii) y, finalmente, el valor de la pregunta.

A mediados del pasado 2021 realizamos una encuesta anónima y voluntaria⁴ a todos nuestros estudiantes, los del cuarto curso en la cátedra Diseño Industrial III A, taller de diseño del turno mañana y con una cohorte de 130 estudiantes y los de primer año en Historia del Diseño Industrial I, cátedra única que cubre ambos turnos y por la que pasan los ochocientos ingresantes anuales a nuestra carrera. La respuesta de los grupos ante nuestro requerimiento fue sensiblemente diferente (63 respuestas en cuarto año y 66 en primero) y median entre ellas muchas razones, de las que aquí sólo enumeraremos las dos más importantes. Las y los estudiantes del taller de diseño llevan en la facultad tres ciclos (años) y medio mínimo, además de estar transitando junto a nosotros en esta materia, un enfoque particularmente preocupado por las experiencias de vida y por el buen uso de las herramientas de recolección de la data que nos ayudan a reconocer esas experiencias y todo su valor intrínseco. Decimos buen uso pues la encuesta en sí no nos lleva hasta el corazón de la experiencia si no media un concienzudo análisis de los fríos datos recibidos.

Accesibilidad

En el universo del diseño el concepto de accesibilidad se halla muchas veces restringido a la movilidad física de los sujetos, siendo que en el campo de las Ciencias Sociales el abanico del concepto se abre en toda su máxima expresión. Somos una ciencia social (aunque muchas veces lo olvidemos) y es desde allí que recuperaremos esta proposición: la accesibilidad a la educación superior, en general y a los medios que me permitan acceder finalmente a ella, fundamentalmente en esta contingencia pandémica. Vamos entonces a un ejemplo concreto. La pregunta 1b de nuestra requisitoria rezaba: ¿Tenés acceso a internet en tu casa? A lo que el 100% de los y las estudiantes del primer año respondieron que sí. Tengamos en cuenta que, en el momento de realizarse la consulta, de los ochocientos ingresantes sólo quedaban cursando alrededor de 350 estudiantes. Ese desgranamiento es tristemente normal y causado por numerosos factores, entre los que predomina la falta de acceso a los medios mínimos para una cursada normal. Estamos hablando de la universidad pública, sí y una de acceso libre y gratuito, pero esa gratuidad no lo es tanto cuando nuestros estudiantes deben cursar siete materias simultáneas y al mismo tiempo trabajar para sostener o co-sostener sus hogares. Si cruzamos nuestros datos obtenidos con los que ofrece la página oficial del IDEC nos encontramos con lo siguiente: si bien el 90% de los hogares argentinos cuenta con señal de internet (eso se condice con la respuesta

recibida en la pregunta ya citada), sólo un 63,8% poseen computadoras y un 40,9% sabe utilizarlas,⁵ lo que se da de bruce con las respuestas de nuestros alumnos, que dicen usar computadoras personales en un porcentaje cercano al 100% y que cerca de la mitad de ellos posee un teléfono inteligente como complemento. He aquí un gran desfasaje, que impide una forma de acceso a la educación superior gratuita. Tener computadora, saber manejarla y contar con señal de internet en el hogar no es plena garantía de poder estudiar en la universidad pública, pero sin estos medios seguramente será muy difícil o imposible. Esto no tiene nada que ver con la contingencia; nuestras carreras requieren cada vez en mayor medida de recursos específicos en *hardware* y *software* y resulta urgente que pensemos en el real valor que estas herramientas poseen a la hora de aprender a diseñar, porque estamos empujando con fuerza a nuestra educación pública al terreno de lo exclusivo. No es nuestra voluntad el renegar de los recursos informáticos y del enorme poder que ofrecen en cuanto al potencial acceso a lo que se nos ocurra conseguir como dato útil, pero estamos llevando a la enseñanza del diseño por el camino de la exacerbación de la computadora como único e indispensable útil, por sobre todo aquello que sabemos es necesario de manejar también: la construcción manual de modelos funcionales, el dibujo a mano alzada, la construcción de prototipos, etcétera. Si repensamos nuestras prácticas y ejercicios desde la recuperación de estas herramientas tan valiosas para el aprendizaje ganamos en doble medida. Por un lado, mantenemos más abierta la puerta a la educación superior, dando lugar a aquella gente que no cuenta con los medios digitales, pero sí con los analógicos y que puede valerse entonces de algunas facilidades que las instituciones ofrecen, a través de gabinetes informáticos y señal gratuita en las aulas de cursado y completar así su formación con la incorporación progresiva de estas nuevas y maravillosas (nadie aquí lo discute) herramientas informáticas. Por otro lado, estaríamos recuperando olvidadas metodologías de aprendizaje que comprometen el desarrollo de capacidades muy poco interesadas en el uso de las nuevas tecnologías. Si bien fueron escritas en los años treinta del siglo pasado, creemos vigentes las palabras de Walter Gropius en cuanto a que “no se puede comprender por qué habría de erigirse al conocimiento a solas en objeto primario de la educación, cuando la experiencia directa es tan indispensable como base para la formación subsiguiente. El papel (hoy la internet) se ha convertido en medio demasiado exclusivo de intercambio. El libro y el tablero de dibujo (hoy la computadora) no pueden brindar esa experiencia imposible de valorar, que se obtiene por repetidos ensayos y errores en el taller y en la obra”.⁶ Las circunstancias contextuales son en definitiva similares. A Gropius le preocupaba el excesivo enfoque y uso del libro y el tablero, en desmedro del taller; a nosotros nos cambian libros y tableros por computadoras y la ecuación funciona igualmente. Esta difusa realidad intangible y en crecimiento nos está alejando del territorio de las cosas, de los objetos de uso físico, de las interfases con el medio vital y, en definitiva, de todo aquello que nos permite el acceso a la vida.

La difusa sensación de unicidad en lo masivo

Otra engañosa capacidad de las herramientas informáticas es aquella de hacernos sentir únicos y, en esa unicidad, atendidos por el otro. En verdad, como sujetos de las redes sociales, sean estas lúdicas o académicas, no somos otra cosa que una *IP* más, partes incommensurablemente pequeñas dentro de los siete mares de la Internet. La masividad, tan propia de la universidad pública, se hace aún más grande en el contexto de lo virtual y por doble vía. Paradójicamente estamos solos frente a nuestros dispositivos, en la plena soledad de una habitación en nuestros hogares, pero en frente tenemos a una entelequia institucional, un espacio de aprendizaje al que no podemos dimensionar. Se escapan sus límites de manera hipertextica *ad infinitum*. Sin embargo, nuestros estudiantes reclaman nuestras respuestas a preguntas que nunca nos llegaron, que se perdieron en el laberinto de la *web*. Del mismo modo, nosotros exigimos la respuesta a una consigna que nunca fue leída, a pesar de haber sido publicada oportunamente en los sitios oficiales de la cátedra. Dónde es que se corta entonces la comunicación; dónde muere el mensaje. Probablemente los mensajes lleguen vivos y coleando a su destino y lo que atente contra su eficacia sea la sobreoferta de canales disponibles, tanto sean los que usamos para emitir, cuanto aquellos desde donde esperamos recibir. En la presencialidad la noción de la masividad se hace tangible. El estudiante se mete en un aula con cuatrocientos otras y otros y allí comprende la imposibilidad de que el profesor lo recuerde por su nombre, condición tan básica para sentirse persona en el intercambio con el otro. La distancia con el profesor se palpa y allí mismo desiste de su remota (más no sea) voluntad de participación en clase.

Posiblemente, esta circunstancia tan particular que nos presenta la pos Pandemia nos empuje a la mixtura de medios, analógicos y digitales, presenciales y virtuales y así, en esa mezcla, tomar de cada cuál sus mejores cualidades, aquellas que nos permitan resolver la masividad sin renegar de la unicidad haciendo uso, por ejemplo, de espacios asincrónicos para el intercambio de ideas o dejando la presencialidad sólo para el trabajo en grupos más pequeños. Se hace imprescindible que acortemos las distancias entre aquellos que representamos a la universidad frente a las y los que aspiran a graduarse en ella en el futuro. Es notable la desconexión que existe entre las y los estudiantes y los potenciales servicios que la institución les ofrece. Frente a la pregunta de si consideraban calificar para recibir apoyo del gabinete Pedagógico o del Programa de Tutorías, cerca del 40% respondió que “no sabía”. Lo extraño del caso es que los alumnos de cuarto año respondieron de igual manera que los de primero y en igual proporción. Que un cuarenta por ciento de estudiantes que llevan más de tres años dentro de la facultad, no conozcan la existencia de un gabinete de apoyo pedagógico o de un programa de tutorías docentes, o que no sepan si podrían o no encuadrar en esos servicios, es grave. Debiera ser nuestro objetivo evitar esa calidad de respuestas que dan prueba de que, en la era del acceso ilimitado a la información, abundan las personas desinformadas. Como sociedad nos ocurre y nuestros estudiantes no son ajenos a ello; existe la falsa sensación de contar con todos los datos necesarios para movernos en la cultura y la verdad es que sólo tenemos potencial acceso a ellos, pero no la guía para llegar a su destino. La responsabilidad de ello debe repartirse adecuadamente entre receptores y sumar a ella a los emisores del mensaje también.

La Pandemia nos ha golpeado con la paradójica soledad dentro de un mundo hiperpoblado e hiperconectado y en estos dos años que pasaron no supimos, como docentes responsables, manejar la situación y ofrecer contención a nuestros alumnos, no sólo académica sino además emocional. Se nos dirá que ello excede a nuestra primordial función y contestaremos que sólo en los papeles. En la realidad del aula, sea esta virtual o presencial, los alumnos cuentan con nosotros -y nos cuentan- en esa búsqueda de referentes con una mayor experiencia de vida. No fue sorpresiva, pero tampoco agradable, la respuesta recibida a nuestra pregunta 3.d: ¿Has experimentado, durante la mayor parte del día de ayer, algunos de estos sentimientos? (una o varias respuestas posibles). Las respuestas posibles eran: (i) divertida/o; (ii) preocupada/o; (iii) triste; (iv) estresada/o; (v) feliz; (vi) sola/o; (vii) ansiosa/o; (viii) preferís no responder. En primer año, cerca del ochenta por ciento respondió en igual medida haber transitado un estado de preocupación, estrés y/o ansiedad. Sólo un 45,5% dijo haberse sentido feliz y un 36,4 haberse divertido. En cuarto año ocurrió algo muy similar. Ochenta por ciento de preocupación y estrés, casi un setenta de ansiedad, mientras que un 54% buscó divertirse y sólo un 35% se sintió feliz. Los estudiantes mayores pusieron mayor acento que los más jóvenes en la tristeza y la soledad, alrededor de veinte puntos, cuando los de primero no llegaron al diez por ciento en ambas opciones. Cuántas señales, y cuánta complejidad resulta de su entramado. Probablemente no contemos, como docentes, con las herramientas para manejar semejante situación, pero si algo es cierto es que no podemos mirar hacia otro lado.

El tiempo como recurso y lo recursivo como herramienta

En función del contexto general, uno que incluya también a la pre-pandemia, más adecuado sería decir que no podemos seguir mirando hacia otro lado. Las señales y síntomas de estrés y ansiedad no son para nada nuevas en nuestro estudiantado. Por el contrario, y desde hace años venimos recibiendo respuestas generales a nuestras encuestas y entrevistas en donde las y los jóvenes lo señalan claramente y en casi todas las referencias se encuentra como eje la cuestión del tiempo. Nuestra perenne y chata excusa se acomoda en el planteo de que no saben manejarlo, olvidando rápidamente nuestras épocas de estudios y cómo se manifestaban en nosotros esas limitaciones y cómo reclamábamos un acompañamiento. Existe en la universidad y para con los estudiantes una verdad tácita y es la de que todo esfuerzo intelectual o económico, por máximos que sean, estarán siempre justificados. A eso podemos sumarles las otras afirmaciones típicas como *yo también fui estudiante y aquí me ves...* o *en el futuro vas a entender y capitalizar todo esto*. Ya lo hemos mencionado en anteriores escritos, pero vale la pena recordar lo siguiente. Estamos exigiendo a nuestros estudiantes una gestión inteligente de sus tiempos amparados por una organización de carrera que tiene más de treinta años y que “recibe” a sus ingresantes con siete materias en primer año, seguidas de seis en el segundo nivel, cinco en el tercero y cuatro en el cuarto. Las reuniones para la coordinación de entregas y exámenes en el primer nivel arrojan año a año un triste y agobiante resultado: de las treinta semanas que lleva anualmente el

curso, no queda ni una sola libre entre marzo y noviembre sin algún tipo de evaluación y, en más de la mitad de los casos, dos evaluaciones por cada siete días (y no más porque reglamentariamente no está permitido, sino sólo Dios sabe...). Los estudiantes de primer año afirman en casi un 40% haber cursado un 2021 entre difícil y muy difícil y un 56% dice haber tenido un año de adecuada exigencia. En cuarto año los guarismos cambian, pero levemente y siguen siendo preocupantes. Cerca de un 30% afirman haber transitado un difícil o muy difícil cuarto curso y un 62% un 2021 adecuado en exigencia. En cuarto nivel un 75% del alumnado siente estar en carrera y avanzando en el aprendizaje mientras que un 20% piensa que no llega a cumplir con los objetivos del curso. Veinte por ciento de estudiantes que fracasan representan individualmente un fracaso del 100% para ellos y para nosotros, en cada uno de esos casos puntuales.

Uno de los ingredientes que ha potenciado todo esto en el contexto de las clases ciento por ciento en línea, está representado por el abuso de las redes sociales. A las lúdicas y de ocio se han sumado las académicas, siendo que muchas veces insistimos en solaparlas mezclando peligrosamente funciones absolutamente incompatibles. Seguimos con Facebook como una símil aula virtual cuando es en realidad una red social ya en absoluto desuso para la generación más joven y que además funciona bajo la regencia de algoritmos que en nada responden a objetivos académicos, siquiera básicos. Obligamos tácita (y explícitamente) a nuestros estudiantes a seguir los perfiles de Instagram de nuestras materias, exponiéndose para ello de manera absolutamente innecesaria. Las redes sociales académicas, como Classroom o Moodle han nacido con otros objetivos y todos orientados específicamente al aprendizaje. Esta melaza de redes en la que nos hemos metido ha terminado pegoteando todos y cada uno de nuestros vínculos sin que podamos discriminar con precisión dónde se ubica lo académico, en dónde termina y en dónde comienza el necesario y privado terreno de lo personal. En primer año, un 30% aseguró que el uso de redes sociales avanza nocivamente sobre sus tiempos de ocio y descanso y un poco más de la mitad dijo poder manejarlas de manera equilibrada sólo a veces. En cuarto curso fueron más allá en cuanto al nocivo avance y ese guarismo trepó al 45%.

Este 2022 se nos abre como oportunidad para limpiar un poco el terreno y desmalezar nuestras redes académicas quitando lo privado y viceversa, sin perder de vista que seguimos contando con la estructura madre de la *web* para ofrecer enlaces y caminos de los más variados y ricos hiperconectándonos, en potencia, con todo el conocimiento a disposición en la Internet. Lo dicho aquí nos deja el pie para una buena entre tanta pálida; la internet ha potenciado esa mágica sensación de tener en nuestras manos el *giratiempo* de Hermione (o el Delorean del Dr. Brown).⁷ El tiempo como recurso se hace recursivamente útil, pudiendo volver sobre él tantas veces como lo queramos. Aunque, en verdad, esto no es nuevo.⁸ Todos los conocimientos que han sido congelado en el flujo del tiempo en algunos de los típicos inventos para el caso (libros, fotografías, frescos, películas, etc.) nos abren una irresistible puerta al pasado; cuanto más lejano, más nos llama a gritos, desde los contrastes. Pero allí están entonces, nuestras clases grabadas (nuestras porque pertenecen a todo el grupo clase), nuestros libros en papel y en PDF, los videos, los podcasts y un sinnúmero de otras fuentes que han abrevado en las vidas de referentes, compañeras y compañeros, docentes, familiares, usuarias y usuarios, todo ello a la espera de nuestra curiosidad.

El valor de la experiencia; el valor de la pregunta

A la manera de una conclusión quisiéramos hablar aquí del valor que tienen tanto la pregunta como igualmente el espacio para la respuesta desde la experiencia. Como ocurre en muchos modelos, ofrecimos un recuadro al final de nuestra larga requisitoria, para que las y los encuestados puedan expresarse con libertad y desde el anonimato. Han sido numerosas -sobre todo en el cuarto curso- las sinceras palabras de agradecimiento por la oferta y no pocos se quejaron de la escasa o casi nula oportunidad de expresión acerca de cómo es que pudieron o no sobrellevar estos dos años pasados por Covid. Todavía estamos a tiempo, porque el recuerdo es fresco y el dato que devuelven es fundamental para una urgente revisión de nuestra práctica docente. Nos permitimos aquí el citar textualmente uno de estos comentarios anónimos, por su medular valor y por su capacidad de síntesis.

Creo, desde mi opinión, que se podrían crear espacios que destruyan el solipsismo de las redes y, a modo de ejercicio, exponernos “fuertemente” a un debate verbal que rompa esas burbujas propias de la lógica algorítmica en las que vivimos todo el tiempo. Creo que puede ser una forma, no sé, jajá... (Comunicación personal).

Notas:

1. Conferencia magistral de Gui Bonsiepe en el Aula Magna de la FAUD UNC, en el marco del V Encuentro Latinoamericano de Docentes de Diseño, 24 de septiembre de 2010.
2. Mike Press & Rachel Copper, *El diseño como experiencia*. Ed. GG, Barcelona, 2009.
3. Frase toma da de la canción de Fito Páez, *Yo vengo a ofrecer mi corazón*, del Álbum *Giros*. EMI 1985.
4. Encuesta realizada en el marco del Proyecto FORMAR – SeCyT FAUD UNC – Diseño Industrial. PEDAGOGÍA DEL DISEÑO CENTRADO EN LA VIDA. UNA DIDÁCTICA DEL PROCESO PROYECTUAL PARA UNA CULTURA CAMBIANTE EN EL CORTO Y MEDIANO PLAZO. Diseño Industrial III A, 2011-2020, del equipo Aguirre-Bazán-Goldes-Santucho y basada en el modelo desarrollado por la consultora Gallup para la Fundación Barr “Distancia y disrupción; escuchando a los estudiantes de Massachusetts durante el COVID 19”, <https://www.gallup.com/home.aspx> | <https://www.barrfoundation.org/>
5. <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel3-Tema-4-26>.
6. Walter Gropius, *Alcances de la arquitectura integral*. Ed. La Isla, Buenos Aires, [1937] 1963.
7. Nos referimos aquí al personaje de Hermione Granger, de la saga *Harry Potter* de J. K. Rowling, y al Dr. Emmett Brown, del guión de Robert Zemeckis y Bob Gale llevado al cine en la cinta *Volver al Futuro* de 1985, producida por Universal y Amblin.
8. Sin ánimo de caer aquí en la innecesaria autoreferencia, linkeamos con nuestro ensayo en coautoría con Belén Franco, *La irrupción de la pandemia en los procesos educativos*.

¿Serán estos, tiempos de pantalla y virtualidad? Cuadernos 137. *Escenarios difusos. Prácticas de diseño y tendencias*. Buenos Aires (2021-2022). Ed. Centro de Estudios en Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, pp. 21-29.

Referencias Bibliográficas

- Aguirre, J. & Franco, B. (2021). *La irrupción de la pandemia en los procesos educativos*. Cuadernos 137. *Escenarios difusos. Prácticas de diseño y tendencias*. Buenos Aires. Editado por el Centro de Estudios en Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, pp. 21-29.
- Bonsiepe, Gui (2010). Conferencia magistral en el marco del V Encuentro Latinoamericano de Docentes de Diseño, Aula Magna de la FAUD UNC el 24 de septiembre.
- Gropius, Walter ([1937] 1963). *Alcances de la arquitectura integral*. Buenos Aires, Editorial La Isla.
- Press, M & Cooper, R. (2009). *El diseño como experiencia*. Barcelona, Editorial Gustavo Gilli.

Abstract: This essay seeks to accommodate itself in the field of reflection, much more considering the two-year period that we have just gone through. The near future of our reality (and also the distant one, why not) is perceived as much or even more diffuse than that horizon of March of last 2020. Today we meet again in workplaces, in social gatherings, in spaces for fun. The university classroom awaits us with its doors (and windows) wide open, but 2022 looks uncertain. It is no longer that 2020 of total confinement and the many absences, nor the 2021 of mass vaccinations and some attempts to attend. This new year appears indecipherable to us, because we get together again, but without the certainty of the short-term consequences and one of the great uncertainties is marked by what will be the social convalescence that the Pandemic will leave. How much what we lived will have changed us; how much of what has been will be again. The new normal appears, but it does not show its full face. We will try here that our reflection helps us to remove the veils and that we can get fully into the classrooms again and without fear, but with the capital experience of two years for history.

Keywords: Experience - student - accessibility - uniqueness - massiveness - time - resource - society – disinformation

Resumo: Este ensaio busca se inserir no campo da reflexão, muito mais considerando o biênio que acabamos de atravessar. O futuro próximo da nossa realidade (e também o distante, porque não) é percebido tão ou até mais difuso do que aquele horizonte de março de 2020. Hoje nos reencontramos nos locais de trabalho, nas confraternizações, nos espaços de diversão. A sala de aula da universidade nos espera com suas portas (e janelas) escancaradas, mas 2022 parece incerto. Não é mais aquele 2020 de confinamento

total e as muitas ausências, nem o 2021 de vacinações em massa e algumas tentativas de atendimento. Este novo ano parece-nos indecifrável, porque voltamos a reunir-nos, mas sem a certeza das consequências a curto prazo e uma das grandes incertezas é marcada pelo que será a convalescença social que a Pandemia deixará. O quanto o que vivemos nos terá mudado; quanto do que foi será novamente.

O novo normal aparece, mas não mostra sua cara inteira. Tentaremos aqui que nossa reflexão nos ajude a retirar os véus e que possamos voltar a entrar plenamente nas salas de aula e sem medo, mas com a experiência capital de dois anos para a história.

Palavras-chave: Experiência - aluno - acessibilidade - singularidade - massividade - tempo - recurso - sociedade – desinformação

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por su autor]
